

la *pequeña maravilla de la equitación escolástica*; y, si no oyes hablar de este niño en el circo de Aztley, será en caza de Franconi. ¿Te acuerdas de Kidderminster, á quien se suponía algo enamorado de ti? También se ha cazado con una viuda, que podría ser tu madre. En su tiempo bailaba en la maroma, pero ahora ya no baila en absoluto, porque está demaziado grueso. Tienen doz chiquilloz, de suerte que con ellos y los demás están bien provistos para representar obras de magia y exhibir prodigios en ciérnez. Si vieres á nuestros *Niños perdidos* en el bozque, con su padre y madre, que mueren sobre un caballo, con su tío, que los toma bajo su tutela sobre el caballo, mientras ellos mismos van á coger moras sobre un caballo, hasta que el peti-rojo les cubre de hojaz, así que mueren de hambre sobre un caballo, dirías que es la pieza más completa que hayas visto. ¿Te acuerdas también de Emma Gordon, que fué para ti una madre? ¡Pardiez! No debía yo siquiera preguntarlo. Puez mira: Emma perdió á su marido. Cayó de espaldas de encima de un elefante, representado al zultán de Indias en una especie de pagoda, y le costó la vida. Emma Gordon se ha vuelto á cazar con un comerciante de queso, que se enamoró de ella desde los primeros

palcos; y, como recauda el impuesto sobre los pobres, está en camino de hacer fortuna.

El Sr. Sleary, que respiraba con más dificultad que en otro tiempo, explicó todos estos cambios domésticos con mucha animación y, sobre todo, con una especie de inocencia maravillosa, que no debía esperarse de un veterano de caballería y de un viejo bebedor de grog, como él. Llevó allí inmediatamente á Josefina y E. W. B. Childers (cuyas mandíbulas parecían arrugadas, á la luz del día) y á la *pequeña maravilla de la equitación escolástica*; en una palabra, llevó allí á toda la compañía, y Luisa no podía salir de su sorpresa, al ver á todos estos extraños personajes, á estos acróbatas tan rosados y blancos de tez, tan avaros de faldas y tan pródigos de piernas, aún cuando daba gusto ver como se apresuraban en torno á Sissy, como natural era que ésta sollozara.

— ¡Bien! Ahora que Cecilia ha bezado á todos los niños, que ha estrechado en sus brazos á todaz las mujerez y dado apretonez de manos á todos los hombres, desembarazad el techo todos vosotros y que los músicos empiezen á tocar para el segundo cuadro.

No bien se alejaron sus pupilos, prosiguió en voz baja:

— Ahora, Cecilia, no trato de descubrir nin-

gún secreto; pero supongo que la zeñorita ez...

— Es su hermana. No se engaña V.

— Y la hija del otro. Ezto ez lo que queria decir. ¿Ezpero que el viejo caballero zigue bien?

— Mi padre no tardará en reunirse con nosotros — dijo Luisa, inquieta y con ansia de ir al grano. — ¿Está seguro mi hermano?

— ¡Zano y zalvo! — respondió Sleary. — ¿Quiere V. dar una mirada al circo, zeñorita, por ezte agujero? Cecilia, ya zabez como ezto ze practica; ya encontrarás en otro zitio una grieta para ti.

Las dos mujeres miraron la sala, á través de las hendiduras de las tablas mal unidas.

— Ez *Jaime, el fanfarrón*, pantomima cómica é infantil — prosiguió Sleary; — el accezorio ez la caza donde debe refugiarze Jaime; y allí aparece mi payazo, armado de una cazuela y de un azador, puez representa el criado de Jaime; mirad al pequeño Jaime, con una ezpléndida armadura puezta, con doz negroz cómicoz, dos vecez más altoz que la caza, que eztan allí para traer y llevarze aquel accezorio; el gigante (que ez de mimbre y me ha coztado un precio fabulozo) no ha zalido aún. ¿Loz ven Vdz. á todoz?

— Si, respondieron Luisa y Sissy.

— Zigan mirando — dijo Sleary — miren bien. ¿Loz ven á todoz? Muy bien. Ahora, zeñorita...

Acercóles un banco, para que se sentaran.

— Tengo miz ideaz y el padre de V. laz zuyaz. No quiero zaber lo que ha hecho zu hermano; mejor ez que no lo zepa. Puedo decir que zu padre no ha abandonado á Cecilia y no olvido eztaz cozaz... El hermano de V. representa uno de eztoz negroz.

Luisa, dejó escapar un grito, que era de satisfaccióñ y al mismo tiempo de bochorno.

— Ez un hecho — prosiguió Sleary — y, zin embargo, no hubieran Vdz. podido adivinarlo. Puede venir zu padre. Conzervaré aqui á zu hermano, despuéz de la representacióñ. No lo deznudaré ni lo blanquearé ziquiera. Que venga, puez, zu padre, despuéz de la representacióñ, ó venga V. mizma, y hallará aqui á zu hermano, con el cual podrá hablar á zuz anchaz, puez tendrán Vdz. todo el circo á zu dizpozicióñ. No ze fijen en zu fizionomía, puez lo importante ez que no le reconozcan.

Luisa, después de dar muchas gracias, se sentó con el corazón más ligero y no quiso entretener al Sr. Sleary por más tiempo. Le dió un recuerdo afectuoso para Tom, y se alejó

con los ojos en lágrimas. Quedaron en que más tarde volvería con Sissy, hacia el medio día.

El Sr. Gradgrind llegó una hora después. No encontró una sola cara conocida; y estaba persuadido de que ahora, mediante el concurso del Sr. Sleary, su hijo deshonrado podría marchar á Liverpool aquella misma noche. Como ninguna de ellos podía acompañar al fugitivo, sin exponerse á que los descubriesen, por bien que se disfrazasen, el Sr. Gradgrind escribió de antemano á un corresponsal con quien podía contar, rogándole que embarcase al dador, á cualquier precio, en un vapor destinado á la América del Norte ó del Sud, adonde pudiera enviarse al punto y en secreto.

Terminados estos preparativos, se pasearon por la población, en espera de que el circo quedara del todo desocupado, hasta que, no sólo los espectadores, sino los caballos y la compañía lo hubieren evacuado. Después de muchas idas y venidas, vieron como el Sr. Sleary tomaba una silla y se sentaba delante de una puerta contigua, fumando su pipa, para anunciarles que ya podían dirigirse á él.

— Zervidor de uzté, caballero — dijo con precaución, para distraer á la gente, saludando al Sr. Gradgrind, al penetrar los visitantes en el circo. — Zi me neceza V., me encontrará

aquí. Zu hijo ze ha puezto la librea cómica, pero no debe ezto apenarle, caballero.

Entraron, y el Sr. Gradgrind, desconsolado, se sentó en medio del circo y en la silla que utilizaba el payaso para sus ejercicios. En uno de los bancos del fondo, que parecía estar aun más lejos, gracias á la luz pálida de aquel extraño sitio, se hallaba el miserable mequetrefe, huraño como de costumbre y que el Sr. Gradgrind tuvo desgraciadamente por hijo.

Llevaba un vestido medioeval, que se parecía bastante al de un suizo, con gran eflorescencia de adornos, además de un chaleco inmenso, unos calzones cortos, zapatos con bucles, llenos de agujeros, y un tricornio estupendo. Nada de ello se le ajustaba, estando el traje hecho de tela basta, roída por las potillas y agujereada. En su semblante se advertían cicatrices blancas, en los sitios donde el miedo y el calor diluyeran la capa grasienta con que le embadurnaran las facciones. El Gradgrind no hubiera creído, antes de verle con sus ojos, que existiera nada tan vergonzoso, triste, detestable y ridículo como aquel mequetrefe, en su librea cómica; y, sin embargo, era un hecho bien visible. Y pensar que llegara á eso uno de sus hijos modelos.

Al principio, el mequetrefe no quería acer-

carse; se obstinaba en permanecer en el gallinero. Cedió, por fin, á las instancias de Sissy (pues renegaba en absoluto de Luisa), bajó de banco en banco, gradualmente, hasta que permaneció de pie en el serrín, del picadero, al extremo del circo, á la mayor distancia del punto en que el Sr. Gradgrind se hallaba sentado.

— ¿Cómo ocurrió eso? — preguntó el padre.

— ¿Cómo ocurrió eso? — respondió el hijo con mal humor.

— Si, ese robo — dijo el padre, alzando la voz.

— Yo mismo forcé la caja, por la noche, antes de salir del despacho, y la dejé entreabierta. Tiempo hacía que había encargado la llave falsa. La tiré al día siguiente á la calle, para que creyeran que otros la habían utilizado. No tomé todo el dinero de una sola vez; fingí hacer el arqueo todas las noches. Ya lo sabe V. todo.

— Si el rayo hubiera caído ante mi — dijo el padre — no me hubiera asombrado más.

— No veo, sin embargo, lo que hay de sorprendente en ello — gruñó el hijo. — Entre la gente que desempeña cargos de confianza, siempre hay quien abusa. Este es el problema y la solución que le he oído á V. repetir veinte veces como principio fijo. ¿Acaso puedo yo

algo contra los principios? ¿Acaso consuela V. á la gente con el raciocinio, papá? Pues bien: consuélase V. de igual modo.

El padre escondió el rostro en sus manos, y el hijo permaneció en pié, con su disfraz vergonzoso, mordiendo una brizna de paja; sus manos, que en la palma estaban casi desteñidas, se parecían á patas de mico. El día declinaba rápidamente; y el mequetrefe, de tiempo en tiempo, volvía la blancura de sus ojos hacia el lado de su padre, con expresión de fastidio y de impaciencia. Era aquella la única parte de su rostro que conservara expresión, dada la capa espesa de pintura que cubría su semblante.

— Tienes que ir á Liverpool, y embarcarte para el extranjero.

— Sé que no tengo otro remedio. Por lo demás, no sé que pueda llevar en otro sitio una vida más miserable que la que llevo en éste, desde que tengo uso de razón — dijo el mequetrefe, lloriqueando. — Algo es.

Fué el Sr. Gradgrind á la puerta y volvió con el Sr. Sleary, á quien preguntó.

— ¿Cómo haremos para que marche ese mal sujeto?

— Ya he pensado en ello, caballero. No hay tiempo que perder, debiendo decir *zi ó no inmediatamente*. De aquí al ferrocarril hay *zeiz*

leguaz; zaldrá un coche dentro media hora; para conducir loz equipajes al tren, que lo llevará directamente á Liverpool.

— Pero mírele — gruñó el Sr. Gradgrind. — ¿Qué coche querrá...

— No quiero que viaje con la librea cómica — interrumpió el Sr. Sleary — diga V. una palabra y, con mi almacén de trajes, le transformo en Periquín en menos de cinco minutos.

— No comprendo, — dijo el Sr. Gradgrind.

— En carretero, zi quiere V. Digalo, caballero. Zerá precizo que ze mande á buzcar cerveza. Nada hay como ella, para blanquear á un negro cómico.

Apresuróse el Sr. Gradgrind en aceptar; el Sr. Sleary apresuróse en elejir una blusa, un sombrero de fieltro y otras prendas, que se hallaban dentro de un baúl; el mequetrefe se apresuró en cambiar de atavíos, detrás de un telón de sarga; y el Sr. Sleary se apresuró, otra vez, en ir á buscar cerveza y blanquear á su negro.

— Ahora — dijo — venga al coche y salte con presteza al imperial. Le acompañaré hasta el despacho de billetes, y creerán que forma V. parte de mi compañía. Despidase de su familia, y no se entretenga.

Dicho esto, el Sr. Sleary se retiró por delicadeza.

— Aquí tienes una carta — dijo el Sr. Gradgrind. — Se te facilitará todo lo que necesites. Y veremos si, con el arrepentimiento y una mejor conducta, logras desvirtuar la acción abominable que has cometido y que ha tenido consecuencias tan fatales. Dame la mano, pobre hijo mío, y que te perdone Dios como yo te perdono.

El culpable, conmovido por las palabras y el acento de su padre, estuvo por derramar algunas lágrimas mezquinas. Pero cuando Luisa abrió sus brazos, la rechazó de nuevo.

— Tú no; nada tengo ya que ver contigo.

— ¡Oh! Tom, Tom, es así como me dejas, después de haberte querido tanto.

— ¡Después de haberme querido tanto! — replicó él con dureza. — ¡Vaya un querer! Plantar allí al viejo Bounderby y despedir al Sr. Harthouse, á mi mejor amigo, para volver á casa de tu padre, en el momento en que yo corría mayores peligros. ¡Vaya un querer! Y cuenta que habíamos ido allí, cuando tu me veías en el amasadero. ¡Vaya un querer! Di antes que me has hecho traición, sencillamente. Por otra parte, tú nunca has sentido afecto por mí.

— ¡Listo! — dijo Sleary desde la puerta.

Salieron todos, empujándose los unos á los otros. Luisa gritaba á Tom que le perdonaba y

que le seguía queriendo; que algún día deploraría haberla dejado de aquel modo, sintiéndose feliz, más tarde y lejos de ella, al recordar lo que acababa de decirle.

El Sr. Gradgrind y Sissy, que se hallaban delante de Tom, mientras su hermana trataba de conmoverlo, se pararon y retrocedieron repentinamente.

Bitzer estaba delante de ellos, jadeante, con sus delgados labios entreabiertos, con sus blancas cejas temblorosas, con su pálido semblante más pálido que de ordinario, como si una correría, que dá color á los demás, tuviese la virtud de quitarle el suyo. Estaba allí, sudoroso y sofocado como si no se hubiera detenido desde la tarde, ya lejana, en que persiguiera á Sissy.

— Mucho siento desbaratar los planes de Vds — dijo Bitzer, moviendo la cabeza. — Pero no puedo dejarme meter la mano por escuderos; héle ahí en blusa, y debo cojerlo.

Y hasta se creyó, á lo que parece, en la obligación de cojer á Tom por el pescuezo, para mayor seguridad, y así lo hizo.

CAPÍTULO XXXVI

RASGO FILOSÓFICO

Al punto de entrar en el barracón, empezó Sleary por cerrar la puerta, con objeto de impedir que los intrusos penetrasen en el interior. Bitzer, que seguía teniendo cogido por el pescuezo á su prisionero, que estaba paralizado de miedo, permanecía en medio del circo ecuestre mirando, con ojos parpadeantes, á su antiguo principal, que estaba casi perdido en la obscuridad del crepúsculo.

— Bitzer, — dijo el Sr. Gradgrind muy abatido y en tono de sumisión humilde. — ¿No tienes corazón?

— La circulación, caballero — replicó Bitzer, que no pudo menos de sonreír á esta pregunta, por lo extraña que le parecía — la circulación de la sangre no podría existir sin él. No hay nadie, caballero, por poco familiarizado que esté con los hechos establecidos por Harvey, respecto á la circulación de la sangre, que dude de que yo tenga corazón.

— ¿Es el tuyo accesible al sentimiento de la compasión? — dijo el Sr. Gradgrind, con voz suplicante.

— Es accesible á la razón, caballero, — res-